



Una fotografía del estilo piscatoriano. Las fotografías de los aviones de bombardeo, los dos grandes planos, y el viejo cuadro de la batalla naval, gravitan sobre Churchill.



# BERLIN, TEATRO



El Theater der Freien Volksbühne, con el césped cubierto de nieve. En este teatro, largo tiempo dirigido por Piscator, es donde se estrenó «Soldaten», de Rolf Hochhuth.

## “SOLDATEN”

**L**AS dos obras que más están dando que hablar en Berlín Occidental son las de Hochhuth y Peter Weiss. La de Hochhuth, «Soldaten», la han estrenado en el Theater der Freien Volksbühne, con un enorme éxito de público.

Al llegar al teatro uno se acuerda en seguida de Piscator. Aquí, en este nuevo y hermoso teatro, alzado entre céspedes y árboles sabiamente iluminados, acabó su trabajo Erwin Piscator, uno de los más grandes directores del siglo XX. Cruzada la gran puerta de cristales, encontramos pronto los oportunos recordatorios. Foto de Piscator con alguna frase de su «Teatro Político». Y, en el inmenso vestibulo, nuevas fotografías que certifican el valor y la influencia de las innovaciones piscatorianas. Junto a cada foto de un montaje de Piscator, la foto de un montaje posterior —de Brook, Brecht, Littlewood, etc.—, en el que aparecen reflejadas las ideas del desaparecido maestro.

El «Theater der Freien Volksbühne» en un inmenso e impresionante inmueble. Cuesta admitir —Berlín es, en este sentido, una acongojante y «necesaria» ciudad— que, a poca distancia, hay todavía barrios semiderruidos, yermos que antes fueron calles, y una frontera que divide a la capital en dos.

### O LA IMPLACABLE DENUNCIA DE LAS «MISIONES» DE BOMBARDEO

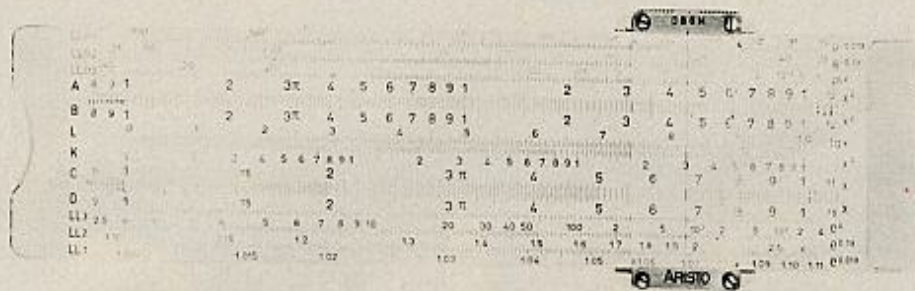
por **JOSE MONLEON**

Piscator, hace años, hablando del teatro alemán del 18, había escrito: «en tanto que las casas retumbaban al desfile de las columnas de ejército y camiones blindados que venían formados desde Potsdam y Jüterbog, se levantaba el telón ante un patio de butacas casi vacío y unas galerías desiertas, para mostrar el destino de «Enrique IV de Inglaterra», o «Como gustéis», de Shakespeare». Contra tal contradicción lucharía Piscator durante toda su vida. Una vida de combates y exilios, cerrada en este teatro de Berlín Occidental, con obras como «El caso Oppenheimer», «La indagación» o «El Vicario», testimonios todas ellas de nuestra época.

Piscator murió sosteniendo la integración del teatro en las dudas más acuciantes, en las revelaciones más necesarias, de la colectividad. Tuvo, por ello, muchos amigos y muchos enemigos. Pero, a fin de cuentas, alcanzó a ser uno de los hombres de teatro más coherentes y responsables de su tiempo. Trabajó duramente y estableció, de un modo práctico, desde los escenarios, las bases de un teatro que, al renunciar al simple entretenimiento o a la emoción abstracta, se ha salvado del aburrimiento o futilidad que le amenazaba. Piscator es el primer gran director occidental de un tiempo que ha universalizado los problemas, que ha subrayado y comprendido las dependencias que existen entre uno y otro lugar, entre lo que pasa aquí y lo que sucede a muchos kilómetros de distancia. El concepto de hombre ha sido, de este modo, enriquecido e historizado a un mismo tiempo. La universalización no ha respondido a los antiguos idealismos, según los cuales el hombre era tanto más universal cuanto más se despegaba de sus circunstancias inmediatas. En el teatro de Piscator, por el contrario, hemos sido universales precisamente en nuestras circunstancias, y nuestros han sido los crímenes de Auschwitz, donde han muerto individuos concretos, personas con nombre y apellidos, **SIGUE** con un rostro y un sufrimiento precisos.



Los técnicos de **Corbero**  
han conseguido



la cocina más completa  
práctica y resistente

©ESPIRA COR. 2

**cocina**  
**Corbero**  
**cocina como un ángel**

A gas ciudad, butano, eléctricas y mixtas. Quemadores autoestabilizados, parrilla continua. Horno con micilla inastillable, gratinador a infra-rojos. Asador antiadherente para guisos a la plancha. Grillos planos con economizador. Valvulas de seguridad. Modelos automáticos con reloj programador, avisador y pulsadores piloto.



desde luego **Corbero...**  
**Corbero** servicio seguro



para quien sabe  
distinguir...  
actuar...  
vestir...



CONFECCION

**MINISTER**<sup>®</sup>  
*tiene su estilo*



Piscator ya ha muerto. Pero en su teatro su lección sigue en pie. No se trata tanto de defender la obra de Hochhuth como de considerar su perfecta concordancia con el lugar y tiempo en que se ofrece.

He paseado por las zonas ruinosas de Berlín. He imaginado lo que debió ser la hermosa ciudad bajo los bombardeos aliados. He asociado automáticamente ese cuadro de destrucción a las noticias que hablan de los bombardeos de Vietnam del Norte. He sentido la imperiosa necesidad de que alguien me hablara, alguien nos hablara, del por qué de esa historia, sin repetir los dulces clichés de cada día. En el teatro de Piscator representaban, precisamente, «Soldaten».

## Los «trapos sucios» de la historia

En estos últimos años son muchas las obras teatrales substancialmente formadas por documentos. Otras, sin llegar a ese extremo, tienen, por la condición del sujeto que las escribe, un valor casi documental. Me refiero a casos como «El diario de Ana Frank» y aún «Después de la caída», de Miller.

Piscator ha sido un hombre fundamental en el impulso de este tipo de obras. Antes he citado «El caso Oppenheimer», redactado por Kipphardt teniendo delante las actas de las declaraciones del famoso físico nuclear, un día sospechoso por su resistencia a los programas militares de su país. También hablaba de «La indagación», una transcripción casi literal de las confesiones hechas por los acusados de un largo, terrible y minucioso proceso que aclaró, hasta el último detalle, las prácticas exterminadoras de un campo de concentración nazi. Y de «El Vicario», la discutidísima obra que trata de las relaciones entre la Alemania de Hitler y el Vaticano.

Tales obras, y otras más o menos afines, trascienden siempre el caso «concreto». Se manejan fuerzas de significación colectiva o histórica. No estamos ante el caso aislado de la «Andorra» de Frisch o «la caída» de Miller, por más que sean casos aislados de valor representativo y generalizable. En el «teatro de hechos», a la manera piscatoriana, a la manera de Kipphardt, Hochhuth o Weiss, se intenta reconstruir una realidad que está, desde el comienzo, por encima de los personajes. Generalmente, de tales y otras obras afines, se desprende una pregunta, una acusación, cuya razón última viene a ser la contradicción entre la historia y la ética, entre los hechos sucedidos y los principios teóricos del humanismo. Es un teatro que intenta «contar la historia» con exactitud, dándonos así una imagen de nuestra capacidad de abyección y de los argumentos o sistemas que nos llevan a ella.

Para ciertas mentalidades eso es tanto como alear «trapos sucios». Para los autores de tales obras, cuando los «trapos sucios» han supuesto la muerte o el sufrimiento de millones de personas, nada más oportuno que mostrarlos, a fin de que sepamos en qué punto exacto se encuentra la historia de la convivencia humana, sin dejarnos adormecer por los cantos de la falsa armonía.

Mientras se llamen «trapos sucios» a los grandes errores históricos, mientras haya quien prefiera guardarlos en el fondo del armario, mientras sólo se vean las flores en las tumbas de los legalmente asesinados, siempre habrá que aplaudir a estos dramaturgos piscatorianos, a estos autores que ocupan el escenario para contabilizar nuestros crímenes, los crímenes de la historia que hacemos entre todos.



La obra empieza en las ruinas de la iglesia de Coventry, que está destruida por la aviación alemana.

## Los bombardeos y la guerra moderna

En el espectáculo se cuentan unos hechos concretos. Aparece Churchill y, junto a él, una serie de personajes de la última Guerra Mundial. No creo que «Soldaten» importe mucho desde esta perspectiva argumental. Interesa, por el contrario, en función del tema planteado: la destrucción de las ciudades desde el aire, el creciente poder del armamento de bombardeo.

Es muy lógico que sea un alemán quien plantee la cuestión. Las atrocidades del nazismo han convertido a todos los alemanes —en mayor o menor grado— en delincuentes activos o pasivos. Durante años, las nuevas generaciones han tenido que responder a la gran acusación lanzada contra sus mayores. Ahora Hochhuth, quizá espoleado por los bombardeos de Vietnam del Norte —a los que se hace explícita referencia en un

largo texto incluido en el programa— se pregunta por el desarrollo de la «guerra aérea», por la destrucción total, sin cualificación de objetivos militares, de Hamburgo, Dresde o Hiroshima. Es una pregunta que no aspira a justificar, merced a una monstruosa compensación de atrocidades, las jornadas de Auschwitz o Buchenwald con las de Hiroshima y Nagasaki, pero que viene a poner al descubierto las contradicciones de un humanitarismo que elige hipócritamente el nacimiento o condición de las víctimas, que maneja sus listas con excluyentes criterios demagógicos y propagandísticos.

La «guerra», entendida como una destrucción del enemigo, conduce inevitablemente a la progresiva intensificación de los bombardeos, cada vez más devastadores y totales. Las bombas atómicas y las variantes de misiles coronan esta etapa, aunque ahora no se arrojen sobre el Vietnam por razones políticas.





Churchill y el obispo de Chichester. Diálogo sobre los problemas morales que plantea un bombardeo.

Esta es la situación mostrada por Hochhuth, a través de una imagen del pasado inmediato: Churchill obligado, para conseguir la victoria, a que los bombardeos de sus aviones fueran cada vez más devastadores.

Ahora bien, dado que Churchill tenía razón, y sus argumentos eran correctos, la obra va mucho más allá de cualquier elemental demanda de humanitarismo, para mostrar que la guerra ya no resiste ninguno de los convencionales códigos caballerescos. El problema, en definitiva, es el de siempre, pero enunciado ahora de forma documental y distinta: o admitimos la guerra tal y como es —cosa que equivale a la renuncia a cuanto dignifica y enaltece la condición humana— o es necesario transformar la sociedad de tal forma que las guerras no aparezcan como un mal periódico y necesario. Quizá sea todo esto un poco ingenuo por sabido. Pero uno ha oído por esos mundos de Dios muy curiosas y peregrinas

explicaciones de la guerra, y cree que estas imágenes reales son siempre provechosas.

«Soldaten» produce, en última instancia, una impresión muy precisa: la conciencia de que la guerra se explica mal a menudo; de que cada vez es más grotesco movilizar argumentos para sostener lo que, desde cualquier perspectiva moral, al margen de cualquier convicción ideológica, es una aberración que gravita penosamente sobre el hombre.

Berlín, la partida y bombardeada Berlín, tenía perfecto derecho a hacer esa pregunta al mundo que un día se declaró su desnazificador.

### Un extenso texto

Ya ocurrió otro tanto con «El Vicario». El texto de «Soldaten» es muy largo, mucho más largo de lo que conviene a una representación.

## “SOLDATEN”

El director ha de efectuar un importante trabajo de poda, respetando aquello que mejor se acomode a la unidad última del espectáculo. «Soldaten», dicho en otros términos, es un inmenso dossier, con amplias consideraciones históricas, acotaciones críticas, y unos personajes, en su mayoría sacados de la crónica de la última guerra. A Rowohlt Verlag le ha salido una obra totalmente centrada en la figura de Churchill; un Churchill espléndidamente interpretado por O. E. Hasse, que, sin imitación alguna en la caracterización externa, acaba estableciendo una aguda y sólida relación entre su físico y los discursos y argumentos del antiguo Premier británico. Para el teatro español, tan acostumbrado a los «parecidos» entre los actores y las figuras históricas que representan, un caso como el de O. E. Hasse resultaría tan admirable como revolucionario. O. E. Hasse encarna la personalidad pero nunca el físico de Churchill.

La obra comienza en las ruinas de Coventry la iglesia destruida por la aviación alemana. Pronto se traslada al despacho o a la alcoba de Churchill, junto al que aparece el primer ministro polaco, el obispo de Chichester, y una serie de personajes, en su mayor parte oficiales o pilotos de la RAF. No hay más «intriga» ni acción que los argumentos de Churchill y las noticias y fotografías que le traen los aviones de bombardeo. El viejo procedimiento piscatorio —grandes carteles, con datos y fechas precisas, ocupando el fondo del escenario— documenta la acción. El público asiste al largo discurso sin el menor gesto de fatiga. A veces, tal o cual frase, tal o cual parlamento, provoca una leve sonrisa general o un gesto concentrado, propio de quien acaba de descubrir algún hecho evidente pero hasta entonces obscurecido. Apenas hay —como ya es de rigor en este tipo de teatro— aplausos. Aunque, al final, cerrada ya la argumentación, la escena vuelva a ser la escena de un teatro y el público aplauda, ahora con entusiasmo, a los diversos intérpretes de la obra.

Me dicen que los ensayos han sido largos y difíciles. Sobre el mismo cartel hay dos nombres cubiertos con una tira de papel. Son los nombres de los dos actores y personajes que, en los ajustes de última hora, sobraron al director de escena.

### El gran teatro de Berlín

Siempre fue importante el teatro en Berlín, salvo las épocas de censura y rigor hitlerianos. Hoy, sin duda alguna, Berlín ofrece, en un área relativamente pequeña, el teatro más vivo de Europa.

Al Este está el Berliner Ensemble, el Deutsches Theatre, el Gorki, la Opera, la Volksbühne; al Oeste, hasta cinco o seis teatros en los que también es posible ver cosas importantes. Domina, tal vez, al Este la perfección escénica, al servicio de un teatro ordenado, ideológicamente coherente entre sí; domina al Oeste, la interrogación, la pregunta, la denuncia. Son dos formas igualmente necesarias, la dramaturgia de dos sistemas sociales, de dos realidades apenas separadas por una muralla fronteriza. Berlín, por su tradición teatral y por su tragedia histórica, es hoy la primera ciudad teatral del mundo y la espectacular convergencia de todas las fuerzas que escriben o han escrito nuestra historia moderna.

J. M.